

ADAM BLADE

Busca Fieras®



¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

 DESTINO

 **ROK** 
LA MONTAÑA ANDANTE

ROK,
LA MONTAÑA ANDANTE



ADAM BLADE

CAPÍTULO UNO

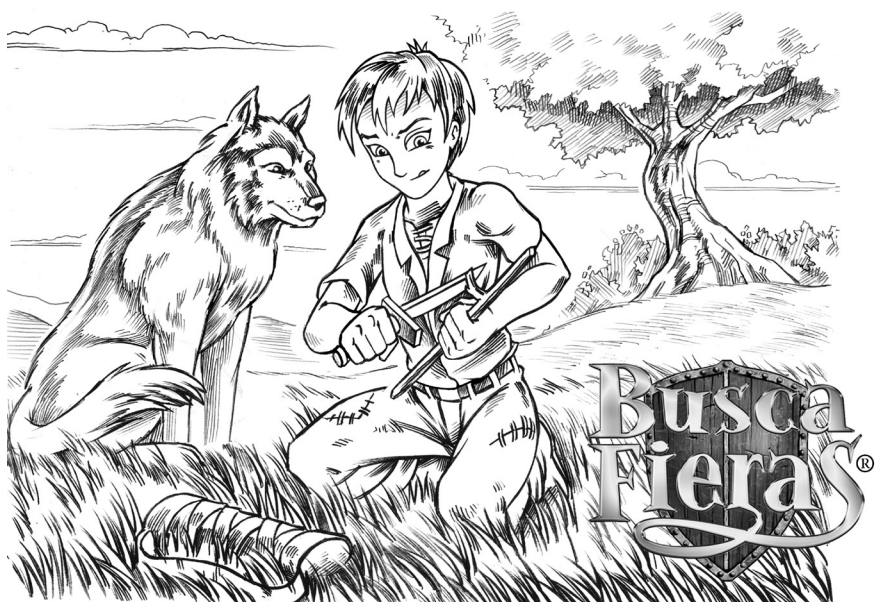
UNA NUEVA AVENTURA



—Ojalá las flechas se hicieran solas
—dijo Elena—. Sería mucho más fácil.

Tom observaba a su amiga, que estaba sentada en el suelo tallando unas flechas con las ramas de un pino. Tenía la lengua fuera y trabajaba concentrada con el ceño fruncido. Tom sonrió antes de darse la vuelta para admirar las exuberantes llanuras de Gwildor.

Nunca había oído hablar de ese reino hasta que el buen brujo Aduro le contó que tenía que rescatar a seis nuevas Fieras de la maldición de Velmal. Mientras pensaba en el brujo y su diabólica magia, puso una mano protectora encima de su caballo, *Tormenta*. Cerca, el lobo de Elena, *Plata*, miraba sentado a su dueña con atención.



—¿Te puedo ayudar? —preguntó Tom.

Elena sonrió.

—He tardado años en aprender a hacer estas flechas —dijo, burlándose—. Puede que seas el Maestro de las Fieras de Avantia, pero para hacer esto es mejor que me dejes a mí.

—Mi padre es el Maestro de las Fieras —le recordó—. Yo vuelvo a ser Tom.

Tom se sintió orgulloso al recordar la Búsqueda en la que había conseguido salvar a su padre, Taladón, de seguir siendo un fantasma. Para lograrlo, había tenido que recuperar los seis trozos del Amuleto de Avantia que ahora llevaba colgado del cuello.

Cogió el Amuleto. En el centro de uno de sus lados brillaba un círculo de esmalte. En el otro, había tallado un minucioso mapa del reino de Gwildor que le decía por dónde debía ir. En cada

nueva Búsqueda, el mapa les indicaba a Tom y a Elena dónde estaba la siguiente Fiera y la recompensa que los ayudaría a finalizar con éxito su nueva aventura. Cuando se enfrentó a *Krab*, el amo del mar, había usado la perla mágica que le daba el poder de respirar debajo del agua. Cuando luchó contra *Halkon*, la flecha del aire, había encontrado un anillo encantado que le permitía hacerse invisible cuando se quedaba quieto.

Hasta ahora, las recompensas habían resultado de gran valor. Pero no eran suyas. Eran de Freya, la Maestra de las Fieras de Gwildor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elena—. Estás frunciendo el ceño.

—Estaba pensando en Freya —contestó Tom—. Era la heroína del reino, y Velmal la convirtió en un ser malvado. Me dijo que no quería volver a ser buena. No lo entiendo.

Elena metió las flechas nuevas en el carcaj antes de colgárselo al hombro y se levantó.

—Eso es el efecto de la magia oscura de Velmal. Una vez que finalicemos esta Búsqueda, a lo mejor Freya vuelve a ser la que era.

—Eso espero —dijo Tom—. Gwildor es el reino gemelo de Avantia. Si acaba sumido en la oscuridad... —No consiguió decirlo. La idea de que la maldad se extendiera por el mar hasta Avantia era demasiado horrible.

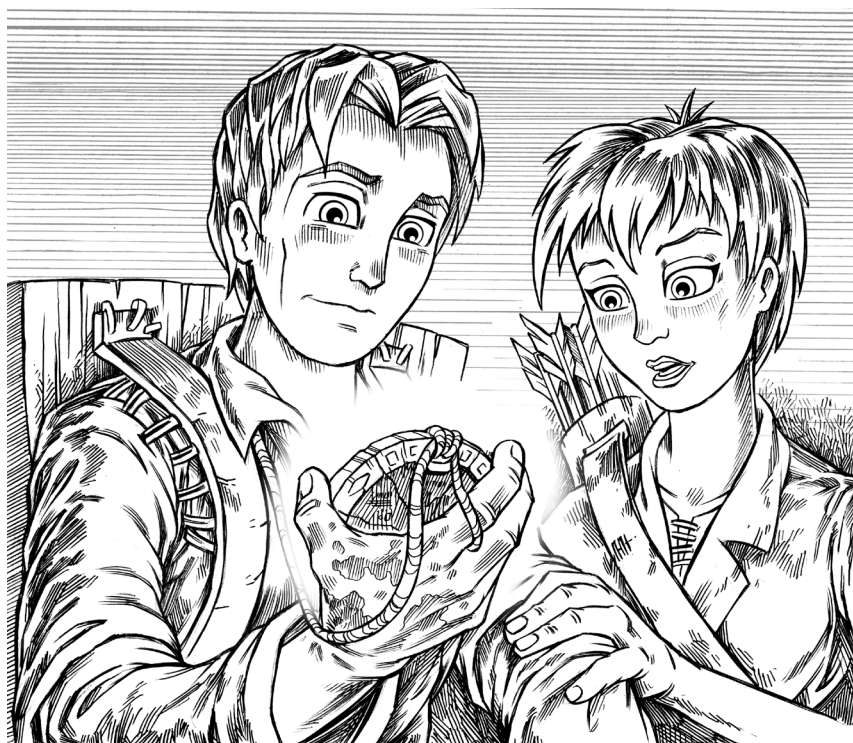
—¡Tom! —dijo Elena señalando el amuleto que tenía en la mano. Palpitaba con una luz azul.

El chico lo levantó. Elena se acercó y miró por encima de su hombro. El mapa mostraba dos caminos que iban uno al lado del otro en dirección a la región montañosa del norte de Gwildor. Al final del primer camino había una pe-

queña imagen de unos guantes. Al final del otro se veían dos montañas impresionantes. Debajo de ellas vieron algo escrito.

—*Rok* —leyó Elena en voz alta—. Ése es el nombre de la siguiente Fiera.

—Sí, pero ¿dónde debe de estar? —mu-



sitó Tom. La Fiera no aparecía en el mapa.

Elena se encogió de hombros.

—¿Acechando en las montañas? —sugirió—. A lo mejor tiene una cueva. Me pregunto qué tipo de Fiera será.

Tom puso una mano en la montura de *Tormenta*.

—Eso no importa ahora —dijo—. Antes tenemos que encontrar los guantes. Ya nos preocuparemos de la Fiera en su momento.

Se subió a la silla.

—¿Lista? —preguntó ofreciéndole una mano a Elena.

La muchacha se subió detrás de él.

—Siempre —dijo riéndose. Sintió los brazos de su amiga en la cintura mientras *Tormenta* salía al trote.

Tom sujetaba las riendas con fuerza, pero notó un dolor intenso en la mano derecha. Miró hacia abajo y vio que to-

avía tenía la cicatriz verde que le había hecho *Krab*. Lo que era peor: el veneno se había extendido hasta el brazo. Tiró de las riendas de *Tormenta* haciendo que el caballo se detuviera.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena.

—Sigo cansado de la última Búsqueda —mintió él para no preocupar a su amiga—. ¿Te importaría llevar las riendas?

La muchacha le dio un golpecito en las costillas de broma mientras se cambiaban de sitio.

—Pero no te vayas a quedar dormido ahí atrás —se burló—, porque tienes que ir mirando el mapa.

—No te preocupes —dijo Tom poniéndose detrás de ella. Intentó ignorar la horrible sensación de temor que tenía en la boca del estómago. La verdad era que le dolía tanto la mano que apenas podía sujetar las riendas.

Mientras *Tormenta* avanzaba, una pregunta le empezó a dar vueltas en la cabeza y no conseguía dejar de pensar en ello.

«¿Qué pasará si no puedo sujetar la espada?» Si Tom no podía luchar, la Búsqueda de Fieras habría llegado a su fin.